

Señoritas

Novela.

Reconstruye la situación femenina en los 60. Ha creado personajes que hoy parecen salidos de un álbum amarillento, tal vez difíciles de imaginar para los jóvenes

MANUEL PECELLÍN



Enrique Andrés Ruiz. HOY

Para comprobar hasta qué punto han sido radicales las transformaciones experimentadas en nuestra sociedad, y muy especialmente en todo lo relacionado con la mujer española, durante este medio siglo último, bastaría leer 'Las señoritas', de Enrique Andrés Ruiz (Soria, 1961), que ya nos admiró en 'Los montes antiguos' (Periférica, 2021) con deslumbrantes evocaciones del paisaje, reconstruye en esta segunda novela, más urbana (aunque no sin visitas al campo), la situación femenina en los años sesenta. Ha creado personajes que hoy parecen salidos de un álbum amarillento, tal vez difíciles de imaginar para las generaciones jóvenes.

Vinculadas por motivos de amistad, trabajo, vecindad o de sangre, las protagonistas son nu-



LAS SEÑORITAS
ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

Editorial: Periférica. 344 páginas.
Precio: 21,90 euros

meras. El núcleo lo constituyen tres hermanas, solteras ya maduras, residentes en una pequeña ciudad del norte y habitan la vieja casona heredada de padres acomodados. No resulta fácil la convivencia. Mercedes, la mayor, nacida en 1926, guarda en su memoria los avatares de la guerra ci-

vil; altiva y ríspida, se sabe superior en edad, dignidad y gobierno. Frente a sus pretensiones, se erige una y otra vez Emi, la pequeña, rebelde y nerviosa, encargada del mantenimiento. Resultan deliciosos sus enfrentamientos dialécticos. El triángulo lo cierra Dedi, sin duda la más equilibrada, humilde y sin pretensiones, que pronto se convertirá en el epicentro de la narración.

A su alrededor surge toda una pléyade, cada una de cuyos componentes simboliza determinado grupo social. El relato de sus avatares, no siempre en línea con el discursar cronológico, funciona como pinceladas que retratan la época.

Avelina, la vieja fámula, fiel y sesuda, a quien siempre conviene escuchar. Charo, la generosa y

audaz amiga, que trabaja en el madrileño hospital de La Paz. Dora Pascual, modista que parece poseer un sexto sentido (el de la estética), distinto al de las pobres costureras Patro y Visi. Inge, la beguina de las torcas y otras soledades. Paulatinamente, irán incorporándose nuevos nombres, según se desarrolla la vida de Dedi, que nunca llega a ser feliz, cada vez más resignada ante el destino. Peor le va a su prima Mila, a quien trae por la calle de la amargura un marido ambicioso y violento. El suyo parece más amable, aunque le da una cuñada insufrible, una hija con graves problemas de salud y la previsible amante. Dedi estudió en Madrid y ha pedido la baja en el laboratorio local donde tenía buen trabajo para ocuparse de los asuntos domésticos,

tendrá que pedir la reincorporación, cada vez más desilusionada e insignificante. Su fin será tan triste como cabía suponer. Solo la solidaridad entre las amigas las ayudó a sobrevivir.

Poeta, ensayista y crítico, Enrique Andrés Ruiz es un maestro del lenguaje. Maneja con enorme habilidad el tempus del relato; proporciona agudos análisis psicológicos y deslumbrante por las descripciones de ambientes y paisajes, tanto agrestes como urbanos o pueblerinos. Pasajes floridos alternan con la desnudez estilística de otros, donde las oraciones breves y las elipsis verbales incrementan la agilidad de los relatos. No gusta de facilitar localización, sirviéndose de topónimos ficticios (si se exceptúan Madrid, Bilbao o alguna población lejana a los acontecimientos), ni de precisar fechas, que los lectores deben deducir merced a alusiones ocasionales (a figuras como el boxeador José Legrá, el cantante Sammy Davis, el jinete Paco Goyoaga, o a simples instrumentos: tal tipo de coches, el uso del transistor, aquella medicina, curas con sotana, asistencia parroquial, braseros de picón, el jabón casero). «Se vive bajo la pausa rítmica de las campanas» (pág. 64).

'Las señoritas' de Laura Ramos (Google Books, 2021) rayaban en la heroicidad. Las de Enrique Andrés Ruiz, al menos las más generosas y libres, como la propia Dedi, bastante tienen con no dejarse amilanar y sobrevivir a los golpes desafortunados. De los hombres, salvo en circunstancias excepcionales, poca ayuda iban a obtener. Y, mientras sostenían sus empeños diarios, en la añosa piel de toro las ciudades crecen; el agro se mecaniza; el capitalismo se desarrolla; las fábricas jubilan a los talleres; las virtudes del olvido sanan cicatrices y nuevas hornadas de jóvenes, cada vez más desinhibidos o menos responsables, inundan los espacios ante los ojos asombrados de quienes les antecieron. Una novela lo puede contar mejor que un libro de historia.

Expediente Till

Este libro describe cómo la sombra de Emmett Till, que se transformó gracias a su madre en un icono de los derechos civiles, fue creciendo en el interior de Wideman

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

En agosto de 1955, Emmett Till, un chico negro de catorce años, fue linchado en una localidad de Misisipi llamada Money. El delito que supuestamente había cometido fue silbar a una mujer blanca. La justicia absolvió a los dos hombres blancos acusados de

asesinarlo, que eran difícilmente distinguibles de los hombres blancos del jurado. Otro adolescente negro de catorce años vio en un periódico la fotografía del cadáver destrozado de Till. John Edgar Wideman llegaría a convertirse en un respetado académico y en uno de los tres novelistas estadounidenses, junto a Philip Roth y E. L. Doctorow, que ha ganado dos veces el premio Faulkner.

Este libro describe cómo la sombra de Emmett Till —que se transformó gracias a su madre en un icono de los derechos civiles— fue creciendo en el interior de Wideman. Se trata de un texto íntimo, duro y misceláneo que

mezcla la memoria americana y la memoria personal, el 'quest' y la ficción, la denuncia y el responso, la obsesión y la búsqueda imposible de alguna suerte de redención. Todo se desencadena en los márgenes del crimen inicial. Tras el asesinato del adolescente se supo que su padre había servido en la Segunda Guerra Mundial. Pero tampoco eso sirvió para reivindicar la ciudadanía del muchacho muerto. Al contrario, durante el juicio se filtró el expediente del soldado y el estigma se agigantó: estando destinado en Italia, Louis Till fue juzgado y condenado a muerte por la violación y el asesinato de una joven local.

La localización de la tumba del padre de Emmett Till en la zona «deshonrosa» de un cementerio francés y el informe del proceso militar en el que fue con-



ESCRIBIR PARA SALVAR UNA VIDA
JOHN EDGAR WIDEMAN

Traducción: Alberto Moyano Muñoz.
Editorial: Piel de Zapa, 220 páginas.
Precio: 22,50 euros

denado sirven como anclajes fácticos del torrente de conciencia con el que Wideman salta de la historia a la biografía, llegando a lugares muy íntimos —atañen por ejemplo al hermano y al hijo del autor— y mostrando cómo el sesgo racial no es una excepcionalidad sino un pilar de la rea-

lidad americana. Eso hace que el texto oscile entre la fuerza y la furia. Además de hacer con verdad y maestría la clase de cosas que tantas veces vemos intentar en el terreno de la autoficción, Wideman transmite la desesperación de quien se enfrenta a lo imposible. Su intención es «dar algún sentido a la oscuridad» de su país. «El expediente Till es mi caballo de batalla. Monto a lomos de él como un Don Quijote de chocolate», ironiza. El resultado es un libro poderoso que llega a deslumbrar en un tramo final en el que Wideman viaja en busca de la tumba de su protagonista. Curiosamente, el año pasado se publicó una novela que aborda de un modo absolutamente distinto el caso de Emmett Till: la extraordinaria y satírica 'Los árboles' de Percival Everett (DeConatus).